

**LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES EN EL CINE:
ENTRE EL MENOSPRECIO Y EL REGODEO.**

Dña. Pilar Aguilar

FUNDACIÓN MUJERES

FORMACIÓN DE PROFESIONALES

UN TEMA SILENCIADO.

Cuando me propuse estudiar cómo trataba a las mujeres el cine español de los noventa incluí varios ítems para analizar de qué modo reflejaban las películas la violencia que se ejerce contra ellas.

Primera sorpresa: la violencia de género era casi inexistente en nuestro cine.

Sólo una película presentaba una mujer “oficialmente” maltratada: *Siete mil días juntos* pero cuando digo “oficialmente” digo bien porque mientras los vecinos la oían por el patio quejarse y suplicar a su marido que no le pegara más, la cámara mostraba lo que de verdad ocurría: él no le tocaba ni un pelo y, por el contrario, intentaba amablemente calmarla.

Esa mujer a la que los vecinos creen una víctima es, en realidad, tan arpía que a su pacífico marido no le queda más remedio que matarla por una simple cuestión de supervivencia. Mensaje: “Cuando una mujer se queja de maltrato ¡vaya usted a saber lo que de verdad pasa! quizá el mártir sea el pobre marido”.

Esta película es de Fernando Fernán Gómez. Pregunto: ¿sería ese señor tan admirado y laureado si se atreviera a tratar el tema de la violencia etarra como trata el de esta otra violencia?

EL REGODEO.

La violación, al contrario que el maltrato, aparece en muchas películas. Pero en vista de cómo la muestran o de las referencias que hacen a ella, tampoco se puede catalogar cómo violencia de género. Resulta ser, por el contrario, un óptimo ingrediente para elaborar simpáticos y divertidos episodios (recordemos *Salsa Rosa* o *Kika*) cuando no escenas voyeuristas rebozadas de regodeo visual.

También los comentarios que se hacen sobre la violación son frívolos y jocosos. Del tipo de éste que oímos en *Todos a la cárcel*. Dice un personaje: "Aquí, en esta escalera, fue violada repetidamente la sicóloga, Vicenta Yagulador" a lo que uno de los oyentes responde con tono arrobado y admirativo: "Repetidamente".

Con igual intrascendencia nos narra Juani en *Kika* la historia de su hermano: "El caso es que empezó por las vacas, con las cabras, y con los corderos. Luego empezó con el vecindario. Y, antes que violara a todas las vecinas, pues claro, me dejaba que me pegara unos polvos".

Y yo digo, claro, no lo iba a denunciar por esa tontería...

En la película *El cianuro... ¿solo o con leche?*, cuando el violador aparece, la presunta víctima se le abraza con tal fervor que él tiene que ponerla en su sitio: "No, no, no. Lo está usted haciendo fatal. Soy yo el que tiene que violarla". En otra escena, el violador se presenta diciendo: "Soy el sátiro de Castilla-León y vengo a violarla. ¿Dónde prefiere?". La futura violada –que está desnuda por supuesto- lejos de asustarse, abre sus brazos y le dice: Aquí mismo. Aclaremos que el violador es el apuesto y apetitoso Sazatornil. Pero aclaremos también que el grado de belleza de un violador no cambia el horror. Y, sin embargo, cuando en la película *Matador*, Antonio Banderas va a comisaría a acusarse de haber violado a una chica, la agente de policía comenta: "Las hay con suerte".

El mismo jolgorio e intrascendencia se usa para aludir a los casos de abusos con niñas. Por ejemplo, en *Todos a la cárcel*, una niña se queja a su abuela de que el

viejo que va junto a ella en el asiento de atrás del coche, la está tocando, la abuela dice en tono desenfadado: "Esas manos". Sin inmutarse, sin ni siquiera volverse.

El personaje que interpreta Arancha del Sol en *Pelotazo nacional* dice textualmente: "Cuando yo tenía siete años mi abuelo me violó y me gustó". Su director, Ozores, acaba de recibir un emotivo y encendido homenaje en Valencia.

Bueno, en resumen: sólo tres filmes de los muchos que tocan el tema (*Antártida*, *A solas contigo*, *El pájaro de la felicidad*) presentan la violación como agresión.

No encontré tampoco hombres que acosaran sexualmente a sus subordinadas y colaboradoras aunque sí a mujeres que hacían lo propio con los hombres (*Salsa Rosa*, *Los peores años de nuestra vida*).

Encontré también algunos personajes femeninos que les pedían "caña" a sus respectivos hombres. Y así dice la protagonista de *La teta y la luna*: "Mierda de libertad, deberías haberme pegado una paliza".

Podríamos seguir comentado ad nauseam horrores de este estilo que tan brutalmente ignoran o deforman la realidad. Pero quiero recordaros que yo me estoy ciñendo al cine español y que el corpus está formado por comedias, dramas y melodramas que son los géneros que, en principio, pretenden reflejar la cotidianidad.

Pero, si salimos del cine español y del corpus formado por comedias, dramas y melodramas, es decir, si nos vamos al cine americano y/o nos centramos en otros géneros, entonces comprobaremos que ocurre exactamente lo contrario: no hay psicópata ni asesino en serie que no destroce -con gran vistosidad, por supuesto- a media docena de mujeres. Desde *Copycat* (J. Amiel, 93) a *Gunmen* (Sarofian, 92) son innumerables las películas que para demostrar lo malo que es "El Malo" usan la tortura, la violación, el asesinato de mujeres con todo lujo de detalles y con gran regodeo visual. Y cuando se usa ese regodeo para mostrar la violencia, hay que preguntarse: ¿con qué fines, con qué intencionalidad significativa? Porque, si analizamos cómo se construyen estas escenas, comprobaremos que, además,

suelen deleitarse en el sufrimiento de las víctimas sin que sea dramática o narrativamente necesario. Y llegan, incluso a hacer tomas en cámara subjetiva con el atacante cuando sabemos que existe una contundente identificación entre la mirada del personaje, la mirada de la cámara y la de los espectadores.

Salvo honrosas excepciones, el **cine oscila, pues entre dos extremos: la ocultación y la delectación visual**. Ocultación en las películas que, pretendidamente, intentan reflejar la realidad cotidiana en la que vivimos (comedias, dramas, melodramas). Regodeo en los géneros que basan su eficacia y su gancho en el terror, la violencia, el enfrentamiento de buenos y malos.

Porque **lo que no quiere hacer el cine es hablar de la violencia existente, esa que tantísimas mujeres sufren ni de las circunstancias y condicionantes reales que la acompañan y espolean**.

¿EXISTE LO QUE NO VEMOS?

Y sería muy importante que el cine hablara de la violencia real que tantísimas mujeres sufren. En efecto, casi no exagero si digo que, lo que no vemos, no existe, no existe al menos en el espacio público, carece de peso y de importancia. No se ve, no se habla, no es digno de interés ni de debate, no tiene lugar social, desaparece. En suma: si te pasa, has de vivirlo sola, sin ecos, sin espejos, sin apoyos, sin modelos, sin ejemplos, sin alternativas, sin lugar simbólico. Has de vivirlo en la pura inanidad e intrascendencia.

Porque sólo el relato público (sea de ficción o no) permite que las experiencias privadas se inserten, y lo digo con palabras de Rubert de Ventós, en un "Orden de discurso que le permite a la gente reconocerse, recuperar su legitimidad, salir de su escondite". El relato público transforma lo acontecido y lo convierte en vivencia digna de ser contada y escuchada. Le concede peso, lugar y trascendencia social. Por eso necesitamos imperativamente relatos que den voz y existencia pública a lo que desgraciadamente tantas mujeres viven. Sólo así las agresiones y la violencia masculina no aparecerán como una maldición que le ha caído a una mujer concreta, mala suerte, algo fatídico que carece de explicación o interpretación cultural, social, ideológica. Que hay que vivir, por lo tanto, en la soledad, la resignación, la culpabilidad....

Alguien puede pensar que lo que el cine diga o deje de decir tampoco resulta tan importante dado que sólo un pequeño porcentaje de la población acude a las salas. Craso error: las películas, a través del vídeo y de la televisión, terminan siendo vistas por millones de personas. De hecho suelen figurar entre los programas con mayor seguimiento de la Tv.

EL CINE Y LAS EMOCIONES.

Pero bueno, alguien puede insistir y plantear ¿de verdad es tan importante este asunto de cómo el cine trata a las mujeres? Después de todo, sólo son películas, vaya, que sólo es cine, o sea, pura ficción. Y nadie, ni siquiera los niños muy pequeños, confunde la ficción con la realidad.

Bien, pensemos esto: un o una adolescente aprende que el triángulo equilátero tiene tres lados iguales o aprende la diferencia entre una oración adversativa y una completiva. Se lo dicen sus profesores y los libros. El no duda que sea verdad. ¿Y qué? ¿Eso influye en su modo de estar en la vida, de relacionarse con los otros, de plantearse su futuro, de gestionar los conflictos, de elaborar la propia agresividad, la propia angustia o el propio deseo? ¿Hasta qué punto ese saber y otros muchos de los que la escuela le trasmite va a modificar sus formas de entender e interpretar el mundo?

Pero, por el contrario, los relatos, sean verdad o mentira, sí van a modelar su vida. Los relatos son piedra angular en la construcción de la propia identidad. A través de las estructuras narrativas, construimos nuestra comprensión, nuestro entendimiento, nuestra experiencia del tiempo, del antes y el después, la concatenación causal y explicativa de los acontecimientos. Los relatos son, además, modelos para la aceptación o el rechazo de lo que nos rodea, para la exploración de los límites. Un humano, para constituirse como tal, necesita las narraciones. Ahora bien, el que un relato sea verdad o mentira, ficción o realidad para nada modifica su capacidad de modelar nuestra vida, de darnos explicaciones, de labrarnos mapas afectivos y sentimentales. Hablando en plata: Una ficción, por falsa que sea, puede impactarnos y dejarnos muchas más huellas que un episodio real.

Y la ficción audiovisual más todavía. No sólo por la sobreabundancia en la que vivimos sino por las características del lenguaje audiovisual que es un lenguaje especialmente apto para educar nuestras emociones. No es un lenguaje explicativo, ilativo, abstracto. Es un lenguaje emocional que burla con suma facilidad los filtros racionales. Fabrica e induce sentimientos y hace que los compartamos.

Los relatos audiovisuales obturan nuestro distanciamiento y activan nuestra proyección. Nos crean así lazos simbióticos y afectivos incluso con situaciones y personajes que racionalmente detestaríamos. Pueden conseguir que nos enternecemos con el disgustillo amoroso de un adolescente tontito y pueden hacer que la masacre de una tribu de indios nos deje indiferentes. Pueden llevarnos a encontrar irresistible a un prepotente chuleras y a encontrar insoportable a la mujer que le niegue, en cualquier terreno, lo que él pide.

Al oírme argumentar todo esto alguien puede pensar que me alejo del tema. Yo creo, por el contrario, que estamos tocando el meollo de la cuestión. Necesitamos hacer el análisis crítico de lo que hay, ver cómo funciona. Pero no sólo cómo funciona sino cómo se fabrica.

Llevamos varios años oyendo hablar de la inteligencia emocional. Todo el mundo sabe ya de su importancia. Bien pues lo que intento decir es esto: la ficción audiovisual tiene hoy un papel preponderante en la educación sentimental de cualquier humano, en la construcción de sus mapas afectivos y de su inteligencia emocional.

Y sin ese entramado previo no se produciría la violencia que sufrimos. O serían acontecimientos puntuales, producto de desarreglos personales. Y, desde luego, este no es el caso en lo referido a la violencia que sufren las mujeres.

LOS HOMBRES ACAPARAN EL PROTAGONISMO.

¿Cuál es la piedra angular en la que se basan los demás sometimientos? ¿Cuál es el fondo de la educación emocional que el cine trasmite?

Las cinco películas a las que antes aludí y que figuraban entre los programas más vistos en la Tv., están todas protagonizadas por hombres. Esas y, prácticamente todas las demás que existen.

Cuando nos sentamos ante una pantalla, en el noventa por cien de los casos –y me quedo corta- recibimos este mensaje: Los hombres exploran el universo físico, psíquico y simbólico que el relato propone, ellos y sus historias son lo importante. Las mujeres son sólo un episodio. Concretamente, quedamos acuarteladas en el episodio amoroso.

Es más: aunque colateralmente podamos vivir otras cosas, en el fondo, el único modelo de aventura posible para una mujer es el amor. Amor, compendio de nuestra vida, alfa y omega de nuestra existencia.

Pongamos un ejemplo paradigmático: *Casablanca*, ¿Cuál es la función del personaje de Ingrid Bergman? ¿Cuál es su papel en los enfrentamientos y transacciones de la película? Pero si ni siquiera la escuchamos opinar sobre el conflicto histórico que los envuelve... Ella sólo aparece definida en función de los personajes masculinos. Es la amada y origen del sufrimiento de uno y la esposa sacrificada de otro. Es un bello maniquí incapaz ni siquiera de decidir su propio destino... Lo que en el fondo plantea y dirime este film, su significado real, circula entre los personajes masculinos.

Y nosotras, espectadoras actuales ¿por qué seguimos emocionándonos tontamente ante esa “gran historia de amor” u otras similares? ¿Aún no sabemos que, como dijo hace más de cincuenta años Simone de Beauvoir “El auténtico amor debería basarse en el reconocimiento recíproco de dos libertades” en el que “ninguno abdicaría de su trascendencia ni ninguno se mutilaría”? ¿qué educación sentimental seguimos teniendo?.

Ese acaparamiento del protagonismo por parte de los hombres acarrea múltiples consecuencias. La valorización del mundo masculino y el menosprecio y la anulación del femenino. Todo lo viril, hasta en sus detalles más nimios y absurdos, se realza y muestra como digno de contarse. Un ejemplo tonto: ¿cuántas veces y con qué complacencia se nos ha mostrado en pantalla la micción masculina? ¿por qué es más interesante que la femenina? O, este otro ejemplo de mucho mayor calado ¿qué tiene la mili -por no decir la guerra- que no tenga la maternidad?

Ahora mismo y sin mucho escarbar, os cito un hermoso manojo de películas españolas de los últimos cinco años cuyos protagonistas son niños o chicos adolescentes: *Pajarico*, *El palomo cojo*, *La buena vida*, *El seductor*, *Krámpack*, *Secretos del corazón*, *Barrio*, *El otro barrio*, *El Bola*... Y ahora, a ver, ¿quién me dice una de niñas y muchachas? ¿Es que nosotras no tenemos infancia ni adolescencia? ¿A nosotras, en esos años, no nos pasa nada? ¿no descubrimos la sexualidad, los cambios corporales, el mundo adulto, etc. etc?

Pero hay más: al protagonista forzosamente lo queremos, nos proyectamos en él, nos enternecen sus cosas, compartimos sus puntos de vista, justificamos sus debilidades. Hacia él y hacia su mundo sentimos complacencia y aprecio.

Hay que ver cómo se ríen las salas de público oyendo barbaridades sobre las mujeres que si se dijeran sobre los negros o los trabajadores de la construcción causarían espanto. Hay que ver qué enternecedor puede resultar un personaje masculino torpe o inhábil (y si no lo es, más), hay que ver qué atractivo llega a tener un feo visto en pantalla. Hay que ver cuán odiosa resulta la mujer que los cuestiona, se les opone, los ataca...

¿Pero, es posible oponerse al protagonista cuando sabemos que sin él no hay historia? ¿Cómo contrariarlo cuando está claro que él es el que sabe?

Es así porque él es el eje del relato. Sin él no hay coherencia. Si los personajes secundarios desaparecen, la historia sigue. Pero él no puede desaparecer porque sin protagonista no hay película.

LA PRIMERA VIOLENCIA.

Quien haya tenido ocasión de hablar con una mujer maltratada sabe el pavoroso sentimiento de dependencia, de desvalorización, de anulación que sufren. Y también es notorio el convencimiento que tienen los agresores de que ellos pueden, de que ellos deciden y de que la existencia de ellas sólo tiene sentido en relación con él. Sólo son seres a su sombra.

Observamos, pues, que el programa narrativo de las películas coincide extraordinariamente con el programa más terriblemente patriarcal y machista.

Al negársenos el protagonismo, el espacio y la mirada, se ejerce contra nosotras una terrible violencia simbólica. Así sometidas se nos unce al carro del sujeto que tiene la llave del significado y del sentido. Fuera de su senda sólo hay tinieblas. Esta violencia es la madre de todas las otras, la que las espolea, las argumenta, las prepara y las justifica.

Necesitamos otras muchas películas que contradigan tal panorama. Necesitamos relatos que reflejen la realidad y concedan peso e importancia a lo que las mujeres viven. Relatos que muestren mujeres protagonistas, que propongan mujeres trasgresoras y no resignadas víctimas.

Vasto programa. Pero que yo, en vista de las bastillas que ya hemos tomado, no dudo que alcanzaremos.